LA TRIBUNA DE LA VERDAD

Murcia (capital) no tiene remedio

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

Quizás alguien recuerde que hace un par de meses se anunció la apertura, para la primera semana de julio, de la prolongación de la avenida Miguel Induráin. Quienes cruzamos y sufrimos a diario la avenida de Zarandona celebramos aquella noticia, no sin la consabida incredulidad producto del origen de la fuente. Llegó la fecha y todo se fue a pique, pues en el cruce de ambas avenidas –entonces con las nuevas aceras, asfaltado reciente, señalización horizontal y semáforos impolutos- nos vimos sorprendido, hace tres semanas, con una inmensa zanja apropiada para albergar a los cinco mil guerreros chinos de terracota. Además de las inmensas molestias para peatones y conductores, y del seguro retraso en la apertura del vial, uno se hace muchas ingenuas preguntas: ¿Por qué tantas veces deshacer las cosas recién hechas? ¿Quién es el responsable? ¿Quién paga el desaguisado?

Desgraciadamente, hechos como ese son tan lamentables como habituales, pero estamos tan -mal- acostumbrados que casi nos parece normal. En el barrio viejo de la capital cada vez que arreglan una acera apenas tardan tres días en desmontarla para buscar no sé qué tesoro o llave inglesa olvidada en las entrañas de Gaia.

Así las cosas –y con las obras de los parkings de san Esteban y La Libertad en pleno apogeo- llegó junio y el hábil regidor municipal declaró, con saña, la *Operación antipeatón*, levantando todas las aceras de la Gran Vía y Sta. Teresa. Pero no crean que sólo esas, por ser muy céntricas y conocidas, sino que en cualquier rincón de esta sufrida ciudad encontraremos aceras patas arriba. Los vecinos y viandantes nada entienden, pues jamás encontraron dificultades para caminar por las antiguas ni supieron de pavimento en mal estado. Se trata de cambiar el terrazo, sin otra explicación que la del embellecimiento de la ciudad. Yo adivino que después de haber gastado un pastón en una máquina quitachicles, que no ha dado resultado, han optado por aplicar la máquina quitalosas. ¿De donde sale tanto dinero? ¿No estamos en crisis? ¿De qué belleza nos hablan?

Enseguida dirán que están dando trabajo, argumento falaz, pues en pos de esa pretendida belleza urbana cabría recordar la cantidad de graffitis que afean la ciudad, sobre todo en edificios históricos; o los excrementos de perro; o los alrededores de los contenedores de basura; y no digamos de las proximidades de las bocas de los contenedores soterrados, principalmente en las proximidades de bares y restaurantes, cuyas enormes bolsas de desperdicios quedan al arbitrio de gatos y perros.

Alguien debe vigilar las muchas oficinas de las administraciones públicas que no cumplen con su deber de reciclado de papel, excusando la estrechez de las bocas de los contenedores, que abandonan, abiertas, sus grandes bolsas de documentos triturados (ejemplo, plaza mayor). Las terrazas de las plazas públicas, impávidas ante las servilletas y bolsas que revolotean por entre las mesas (ejemplos, las plazas de Romea, las Flores, santa Catalina, santo Domingo, etc.). Los periódicos gratuitos abandonados que vuelan por doquier (ejemplo, alrededores de la plaza de la Fuensanta). Los folletos de propaganda abandonados, a montones, en los buzones exteriores de los edificios y al pairo de los vientos.

La Gran Vía no tardará en lucir su nuevo granito, que pronto veremos levantar y que apenas embellecerá una ciudad que no vela de verdad por su limpieza. Y la solución es muy simple: cuestión de educación y vigilancia.

Ángel Ferrández Izquierdo
es catedrático de la Universidad de Murcia